

Salté en tierra, me informé si había cónsul de nuestra nacion en la isla, y me dirigieron á un cirujano que hacia sus veces y vivia en el puerto. Fuí á verle y me recibió con mucha atencion, disponiendo que su hijo me sirviese de cicerone durante algunas horas, y mientras recorria la ciudad, que se parece mucho á una poblacion veneciana. Baudrand, Ferrari, Tournefort, Dapper, Chandler, Mr. de Choiseul, y otros muchos geógrafos y viajeros, han hablado de la isla de Chio, y á sus obras remito á mis lectores.

A las diez volví á la falúa y almorcé con la familia, que bailaba y cantaba sobre cubierta, bebiendo vino de Chio, que no era por cierto del tiempo de Anacreonte. Un instrumento poco armonioso animaba la voz y los pasos de mis patrones; este instrumento no ha conservado de la lira antigua mas que el nombre, y ha degenerado como sus dueños. Lady Craven ha hecho su descripcion.

El dia 1.^o de Setiembre á mediodía salimos del puerto: comenzó á soplar una brisa del Norte, que fué arreciando en poco tiempo. Procuramos ganar el paso entre Chio y las islas Spalmodores,¹ que cierran el canal, cuando se navega en direccion á Metelin ó Esmirna. Pero no pudimos doblar el cabo Delfino; pasamos al Este, y dimos una bordada hasta el puerto de Tchémé. De allí, volviendo proa hácia Chio, y remontando luego el monte Minas, conseguimos en fin ganar el cabo de Cara-Bouroun, situado en la entrada del golfo de Esmirna. Nos faltó el viento á las diez de la noche, y la pasamos en calma sobre la costa del Asia.

El dia 2 al rayar el alba nos largamos de tierra á fuerza de remos, á fin de aprovechar la brisa luego que soprase,

¹ Olim. Enussa.

lo cual se verificó mas pronto de lo que esperábamos. Muy pronto pasamos las islas de Dourlach, y tocamos el castillo que domina lo interior del golfo ó puerto de Esmirna. Eutonces ví á lo lejos esta ciudad por entre un bosque de mástiles de los muchos buques que habia anclados. Parecia salir de entre las olas, porque está situada en un terreno bajo y llano, coronada entre Oriente y Mediodía de rocas estériles. José estaba loco de contento, pues Esmirna era para él una segunda patria: casi me afligia la alegría de aquel pobre muchacho, pues me hacia acordar de mi país, y consideraba tambien que aquel axioma, *ubi bene, ibi patria*, es muy verdadero para la mayor parte de los hombres.

José me iba esplicando cuanto veíamos, á medida que nos acercábamos á tierra. En fin, amainamos velas, y dimos fondo sobre seis brazas de agua, fuera de la primera línea de buques. Buscaba por todas partes mi barco de Trieste, y por fin le conocí por su pabellon: habia fondeado en la escala de los Francos, ó puerto de los Europeos. Me embarqué con José en un caíque, y pasé á bordo del buque austriaco. El capitán y su teniente estaban en tierra; pero los marineros me conocieron y recibieron con suma alegría, diciéndome que habian llegado á Esmirna el 18 de Agosto; que el capitán habia estado bordeando dos dias por aguardarme entre Zea y el cabo Sunis, hasta que el viento le obligó á seguir su ruta; y por último, añadieron que mi criado, de orden del cónsul de Francia, me habia tomado ya una habitacion.

Mucho gusto tuve en saber que mis antiguos compañeros habian sido tan felices como yo en su viaje. Quisieron trasladarme á tierra, y pasando al borde del buque, muy pronto tocamos al muelle. Una multitud de ganapa-

nes se apresuraron á darme la mano para saltar en tierra. Esmirna, donde yo veia muchos sombreros,¹ se me presentaba como una ciudad marítima de Italia, en la que hubiese un barrio de orientales. José me condujo á casa del cónsul francés, que lo era Mr. Chauderloz. Con frecuencia he tenido ocasion de celebrar la hospitalidad de nuestros cónsules, y suplico á mis lectores me disimulen esta expansion de mi agradecimiento, porque aunque cansen mis repeticiones, no, no puedo dejar de ser reconocido. Mr. Chauderloz, hermano de Mr. de la Clos, me recibió con la mayor urbanidad, aunque no me hospedó en su casa, porque se hallaba enfermo á la sazón, y porque Esmirna ofrece por otra parte todas las conveniencias de una gran poblacion de Europa.

Dispusimos al instante todo lo necesario para continuar yo mi viaje, pues estaba resuelto á ir por tierra á Constantinopla, y despues de recoger los firmanes, embarcarme con los peregrinos griegos para Siria; bien que no queria ir por el camino recto, sino recorrer la llanura de Troya, pasando por el monte Ida. El sobrino de Mr. Chauderloz, que acababa de llegar de Efeso, me dijo que los desfiladeros del Gárgaro estaban infestados de ladrones y ocupados por las tropas de los agás, mas temibles aún que los mismos ladrones. Como habia ya formado mi proyecto, enviaron á buscar un guia que debia acompañar á un inglés á los Dardanelos, siguiendo el mismo camino que yo. Este guia convino en acompañarme, y proporcionarme los caballos necesarios mediante una suma muy considerable. Mr. Chauderloz me ofreció un intérprete y un genízaro experimen-

¹ El turbante y el sombrero forman el principal diiuntivo de los francos y de los turcos, y segun el modo de hablar de Levante, se cuenta por urbanes y sombreros.

tado. Entonces eché de ver que debia dejar en el consulado una parte de mis maletas, llevándome únicamente lo mas preciso. Señalóse para la partida el dia 4 de Setiembre, esto es, al dia siguiente de mi llegada á Esmirna.

Despues de haber prometido á Mr. Chauderloz que volveria á comer con él, me trasladé á mi habitacion, donde encontré á Julian bien acomodado en un cuarto muy decente y amueblado á la europea. Esta casa de huéspedes, propiedad de una viuda, estaba muy bien situada sobre el puerto: ya no he podido recordar mas su nombre. Créome dispensado de hablar de Esmirna despues de las descripciones que han hecho de ella Tournefort, Chandler, Peyssonel, Dellaway y otros; pero no puedo dejar de citar con placer el siguiente trozo del *Viaje* de Mr. de Choiseul.

“Los griegos que salieron de aquel barrio de Efeso, llamado *Esmirna*, edificaron algunas cabañas en lo interior del golfo, al que despues se dió el nombre de su primera patria. Alejandro quiso reunirlos en una poblacion, y mandó á Antígono que edificase una ciudad junto al rio Melés, y Lisimaco concluyó la obra.

“Una situacion tan ventajosa como la de Esmirna era digna del fundador de Alejandría, y debia hacer que prosperase la nueva ciudad. Así pues, habiendo sido contada entre las ciudades de Jonia, y participado de los privilegios de su confederacion, llegó á ser pronto el centro del comercio del Asia Menor: sus riquezas y su lujo atrajeron á ella todas las artes, se decoró con hermosos edificios, y se llenó de un sinnúmero de estranjeros que venian á enriquecerla con las producciones de sus países, á admirar sus maravillas, cantar con sus poetas é instruirse con sus filósofos. Un dialecto mas suave daba aún mayor realce á aquella elocuencia, que pareció ser un atributo de los griegos. La

belleza del clima parece influía en la de las personas, que ofrecían á los artistas modelos, con los que daban á conocer á todo el mundo la naturaleza y el arte reunidos en toda su perfección.

“Era una de las ciudades que disputaban el honor de ser patria de Homero; y enseñaban á las orillas del Melés el paraje en que su madre Critheis le dió á luz, y la gruta donde se retiró para componer sus inmortales versos. Un monumento consagrado á su gloria y que tenía su nombre, presentaba en medio de la ciudad espaciosos pórticos donde se reunían los ciudadanos: en fin, sus monedas tenían su imagen, como si conociesen por su soberano al génio sublime que los honraba.

“Esmirna conservó los preciosos restos de su prosperidad hasta la época en que el imperio tuvo que luchar con los bárbaros: la tomaron primero los turcos; luego los griegos, sufriendo siempre muchos saqueos y destrucción. A principios del siglo XIII ya no quedaban mas que ruinas, y la ciudadela que hizo reedificar el emperador Juan Comeno, muerto en el año 1224, esta fortaleza no pudo resistir los esfuerzos de los príncipes turcos, los cuales residieron en ella muchas veces, á pesar de que los caballeros de Rhodas, aprovechándose de una circunstancia favorable, lograron construir en ella un fuerte, en el que pudieron mantenerse; pero Tamerlan tomó despues de catorce dias esta plaza, que hacia siete años estaba bloqueando Bayaceto.

“Esmirna no comenzó á salir de sus ruinas hasta que los turcos se enseñorearon enteramente del imperio; porque entonces su ventajosa situación la hizo recobrar el esplendor que habia perdido en la guerra, llegando á ser el emporio del comercio de aquellos países. Seguros ya los ha-

bitantes, bajaron de la cumbre de los montes, y edificaron nuevas casas en la orilla del mar: estas obras nuevas se han hecho con los mármoles de todos los monumentos antiguos, de los que apenas queda rastro alguno, pues solo se conoce el paraje en que estuvo el estadio y el teatro. En vano se pretendería reconocer estas ruinas en algunos lienzos de murallas que se descubren entre la fortaleza y el recinto de la ciudad moderna.”

Los terremotos, los incendios y la peste han destruido la Esmirna moderna, como los tártaros destruyeron la antigua. Esta última calamidad dió lugar á un acto de caridad heroica, que merece referirse entre los de los misioneros, y de cuya certeza no se puede dudar, pues hace su relación un ministro anglicano. El hermano Luis de Pavía, del orden de recoletos, superior y fundador del hospital de San Antonio, en Esmirna, cayó enfermo de la peste, é hizo voto al Señor que si le conservaba la vida, la consagraria completamente al servicio de los apestados. Curado milagrosamente Fr. Luis, cumplió con esactitud las condiciones de su voto. Son innumerables los apestados á quienes ha curado, y se ha hecho el cálculo de que ha salvado mas de las dos terceras partes de estos infelices.¹

Únicamente me quedaba que ver en Esmirna el Melés, que nadie conoce ya, porque tres ó cuatro ramblas se disputaban el nombre.² Pero lo que mas me admiró fué el

1 Véase á Dellaway. El remedio que principalmente usaba el hermano Luis, era envolver al enfermo en una camisa empapada en aceite.

2 Chandler hace, sin embargo, una descripción demasiado poética, aunque se burla de los poetas y de los pintores que trataron de dar aguas al Iliso, y asegura que el Melés corre por detrás del castillo. El mapa de Esmirna de monsieur de Choiseul nota también el curso del río padre de Homero. ¿Y en qué consiste que teniendo yo tanta imaginación como me

temple suave del aire. El cielo, no tan puro y despejado como el del Atica, tiene aquel tinte que admiran los pintores, y que le forma un vapor sutilísimo, blandamente enrojecido por la luz. Cuando no soplaba el aire de mar, sentía en mí una languidez como si me desmayara, y en ello conocí á la afeminada Jonia. Mi permanencia en Esmirna me obligó á verificar una metamórfosis, y hube de tomar otra vez el aire de la civilizacion para hacer y recibir visitas. Los comerciantes que me hicieron el honor de visitarme eran personas muy ricas, y cuando pasé á devolverles la visita, ví que sus mujeres estaban vestidas con tanta elegancia como si aquella mañana acabasen de recibir las modas de casa Leroy. Situado entre las ruinas de Atenas y las de Jerusalem, este otro Paris, á donde habia llegado en un bajel griego, y del que iba á salir con una caravana turca, separaba del modo mas original las escenas de mi viaje: era una especie de oasis¹ civilizado, una Palmira en medio de los desiertos y de la barbarie. Confieso, sin embargo, que siendo naturalmente huraño, no habia venido á buscar por cierto al Oriente lo que llamamos sociedad, y lo que deseaba era ver los camellos y los camelleros y oír el grito del cornac.

Tomadas ya todas las disposiciones, partió el guia con los caballos el dia 4 por la mañana, para ir á esperarme en Menemen-Eskelessi, que es un puertecito de la Anatolia. La última visita que hice en Esmirna fué á José: *¡Quantum mutatus ab illo!* ¿Era aquel mi ilustre dragoman? Lo hallé en una miserable tienda, alisando y batiendo una

suponen, no he podido ver en Grecia lo que han visto otros viajeros graves y distinguidos? Profeso un maldito amor á la verdad, y el temor de decir lo que no es, me hace superar toda consideracion.

¹ Isla cubierta de verdura en medio de los arenales.

bajilla de estaño, y tenia puesta aquella misma chupa de terciopelo azul que llevaba cuando recorrimos las ruinas de Esparta y de Atenas. Pero ¿de qué le servian aquellas insignias de su pasada gloria, y el haber visto las ciudades y los hombres, *mores hominum et urbes?* Ni siquiera era suyo el martillo con que trabajaba. ¡Allí en un rincon ví al amo, que con adusto ceño hablaba á mi compañero de viaje! ¡Y para esto deseaba tanto José llegar á Esmirna! Solo he sentido dos cosas en mi viaje, y son el no haber tenido riquezas bastantes para poner una tienda á José, y rescatar en Túnez un cautivo. Me despedí por última vez de mi camarada, el cual lloraba, y yo no dejé de enternecerme. Le escribí mi nombre en un pedacito de papel, en el que envolví algun dinerillo en señal de mi sincero reconocimiento; de modo que el amo de la tienda nada pudo ver de lo que estaba pasando entre nosotros.

Al caer la tarde me despedí del cónsul, y me embarqué en un barquichuelo con Julian, el dragoman, los genízaros y el sobrino de Mr. Chauderloz, que tuvo la atencion de acompañarme hasta la escala, á la que llegamos en poco tiempo. El guia estaba en la orilla: abracé á mi jóven nuésped, que volvía á Esmirna, montamos á caballo y partimos.

Ya era media noche cuando llegamos al kan de Menemen. A lo lejos ví una multitud de luces, y eran las de una caravana que acampaba en aquel paraje. Habiéndome acercado mas, distinguí claramente multitud de camellos, unos echados y otros aún en pié, estos cargados y descargados aquellos. Caballos y asnos que comian cebada en sacos de cuero; algunos turcos que estaban á caballo, y las mujeres cubiertas con sus velos, sin que aun se hubiesen apeado de sus dromedarios. Al rededor de la lumbre, donde los

esclavos guisaban el pilau, se veían varios comerciantes turcos sentados sobre alfombras, con las piernas cruzadas: otros viajeros estaban fumando en sus largas pipas, ó mascaban ópio, y oían contar algunos cuentos. Otros tostaban el café en grandes cazos: los vivanderos iban de corro en corro vendiendo tortas, frutas y aves: habia tambien varios cantores que divertían á aquella multitud, é igualmente algunos imanes ó santones que hacían abluciones: se prosternaban, se levantaban ó invocaban al Profeta, en tanto que los camellos dormían descansadamente. Todo el terreno estaba lleno de fardos, de sacos de algodón y de cargas de arroz. Estos objetos que se veían ya claramente ó muy iluminados por la luz, ya confusos ó perdidos en la oscuridad, según el color ó las oscilaciones de las llamas de las hogueras, ofrecían una verdadera escena de las *Mil y una noches*, y solo faltaba el califa Aroun-al-Raschid, el visir Giaffar, y Mesrour, jefe de los eunucos.

Entonces me acordé por primera vez que pisaba las llanuras del Asia, parte del mundo que todavía no habia visto la huella de mis piés ¡ay! ni las penas que sufro como todos los hombres. Miré con respeto aquella antigua tierra donde tuvo su cuna la raza humana, donde vinieron los patriarcas, donde estuvieron Tiro y Babilonia, donde el Eterno concitó á Ciro y á Alejandro, y donde Jesucristo cumplió el misterio de nuestra redención. Presentábase á mi vista un mundo enteramente extraño á mis ideas: iba á encontrar naciones que me eran del todo desconocidos; usos y costumbres diversas; otros animales, otras plantas, nuevo cielo, nueva naturaleza. Pronto iba á pasar el Hermo y el Granico: no estaba lejos de Sardis; me acercaba á Pérgamo y á Troya: la historia me abría otra página de las revoluciones de la especie humana.

Con bastante pena me aparté de la caravana. Después de dos horas de camino llegamos á las orillas del Hermo, que pasamos en una barca. Aun es el *turbidos Hermus*; pero no sé si sus aguas arrastran todavía pajitas de oro. Víle con placer, porque hablando con propiedad, era el primer rio caudaloso que habia encontrado desde que salí de Italia. Al amanecer entramos en una llanura rodeada de cerros de poca elevación. El país presentaba un aspecto del todo diferente del de la Grecia: los algodoueros verdes, las doradas espigas de trigo, la variada corteza de las sandías, adornaban de un modo bellísimo aquellos campos, en los que se veían pastando muchos camellos y búfalos. Dejamos á nuestra espalda á Magnesia y al monte Sipylo, y por consiguiente no estábamos muy distantes de los campos donde Agesilao humilló el orgullo del gran rey, y en los que Escipion ganó á Antioco aquella gran batalla que abrió á los romanos el camino del Asia.

A nuestra izquierda y á lo lejos, descubrimos las ruinas de Cymo, y á la derecha teníamos á Neon-Tichos; tuve intención de apearme y andar á pié por respeto á Homero, que pasó por aquellos mismos parajes.

“Algun tiempo después su pobreza le obligó á ir á Cymo. Habiendo emprendido su viaje, pasó por la llanura del Hermo, llegó á Neon-Tichos, colonia de Cymo, y fundada ocho años después de esta ciudad. Dícese que hallándose en ella en casa de un armero, recitó unos versos, los primeros que habia hecho, y cuyo sentido es el siguiente: “Oh vosotros, ciudadanos de la amable hija de Cymo, que habitais al pié del monte Sardeno, á cuya cumbre hace sombra un bosque que da grata frescura, y que bebeis el agua del divino Hermo, que dió nacimiento á Júpiter, te-